

La soledad

Por dos semanas consecutivas, se ha puesto en televisión un programa sobre las personas mayores, y más concretamente de cómo se desarrolla la vida en la residencia de ancianos.

El problema más acuciante que yo he podido captar, ha sido el de la soledad, la sensación que tenían de abandono.

Si la soledad, cuando se es joven, resulta deprimente, en la vejez debe ser espantosa. Esta soledad la puede sufrir el anciano, no sólo en las residencias, sino en su propia casa y con su familia.

En esta vida rápida y llena de problemas, muchas veces creados por nosotros mismos, no hay tiempo para dedicar a un hombre ya inactivo, que necesita aún cuando sea en pequeñas dosis de alguna atención, para que no se sienta inútil y una carga en sus últimos años de la vida.

No obstante, al anciano le queda el consuelo en su interior. El gran consuelo, si ha sido un hombre consciente y responsable para con su familia, de que ha cumplido con su deber, al criar, educar y cuidar a sus hijos.

Le queda la satisfacción, la gran satisfacción, de que su paso por la vida, no ha sido en vano, que deja unos descendientes suyos para que la vida continúe y, a su vez, siga su mensaje genético.

Le queda el agradable recuerdo de haber visto, cómo sus hijos crecían, de tenerlos en sus brazos, disfrutar con sus risas y juegos, de sufrir cuando ellos sufrían, ver cómo se hacían hombres y abandonaban su hogar, y que todos sus trabajos, sinsabores y luchas han tenido un solo fin: su bienestar.

Todos estos recuerdos, que guarda como un tesoro en su intimidad, ni se los puede quitar nadie y supongo que serán un consuelo en su vejez.

Una vez le preguntaron a un hombre, un hombre que sólo tenía su trabajo, en qué cifraba la felicidad.

Respondió: El momento más feliz del día, es cuando regreso del trabajo y mis hijos vienen a mí con los brazos abiertos. Ese momento, yo creo que es la felicidad.

Si algún día esos hijos, por sus ocupaciones, su situación económica o por mil causas ajenas a ellos, no pueden atender a sus mayores, no se les debe culpar.

Porque hemos recibido de ellos, los mayores, satisfacciones de este mundo, el placer de engendrarles, los desvelos de criarlos, el temor de perderles y considero que con esto estamos suficientemente pagados.

A la madre le guía el instinto maternal y genético que atesora en el interior; al padre el sublime deber que tiene para con su prole de protegerla y alimentarla.

En esto hay mucho de instinto animal, aún cuando nos parezca inapropiado, pero es la realidad.

Todas estas sensaciones que al hombre le elevan en la vida, a su vez las experimentaron nuestros hijos cuando a su vez, sean padres.

Simeón Torrejón.

GALATEA AGRADECE PUBLICAMENTE
LA COLABORACION DE LAS EMPRESAS
COMERCIALES QUE AYUDAN A SU
FINANCIACION.